

Luz en el Camino: La Historia de Lucho

Lucho cerró los ojos y respiró hondo. El coche avanzaba por la carretera, devorando kilómetros entre un silencio solo roto por el sonido del motor y la respiración contenida de sus acompañantes. Charo, al volante, mantenía la mirada fija en el camino, con las manos aferradas al volante como si de ello dependiera su vida. Su madre, en el asiento trasero, rezaba en silencio, con las manos entrelazadas sobre el regazo. La Navidad quedaba atrás en las luces de las ciudades que atravesaban, pero para ellos, las fiestas se habían convertido en una cuenta atrás. El diagnóstico de cáncer de estómago había caído como un mazazo. En Alicante, los médicos ya no podían hacer más por él. Le habían aconsejado como última posibilidad un hospital en la Comunidad de Madrid, donde un equipo profesional de cirujanos y oncólogos tenía la experiencia, destreza y conocimiento necesarios para afrontar su terrible patología. La esperanza tenía un nombre: el Hospital Universitario de Fuenlabrada.

No fue fácil llegar hasta allí. Entre gestiones, informes y la burocracia sanitaria, el tiempo apremiaba. Desde la unidad de derivaciones, hicieron todo lo posible por agilizar su traslado. En pleno caos navideño, los administrativos batallaron contra los retrasos y las listas de espera, mientras la enfermera gestora de casos organizaba su acogida con diligencia. Incluso antes de conocerlo en persona, los médicos ya habían hablado con él por teléfono. Sus voces, serenas y firmes, le transmitieron la determinación que él mismo necesitaba. “Vamos a intentarlo”, le dijeron, y Lucho decidió aferrarse a esas palabras con todas sus fuerzas.

Cuando cruzó las puertas del hospital, una mezcla de miedo y alivio lo invadió. Desde Admisión y Atención al Paciente lo recibieron con una sonrisa cálida. “Aquí te vamos a cuidar bien”, le dijeron mientras le facilitaban su ingreso. Ese pequeño gesto de humanidad le arrancó un nudo del pecho. En el preoperatorio, el anestesista le había explicado cada detalle de la intervención. En cada paso de su recorrido, enfermeras, administrativos y auxiliares lo guiaban con profesionalidad y afecto. Era un hombre que luchaba por su vida, y todos parecían entenderlo.

La operación llegó antes de lo esperado. En la habitación, las enfermeras lo preparaban con gestos amables, hablándole con dulzura. Charo intentaba sonreír, pero Lucho notaba su miedo en la forma en que apretaba su mano. “Todo irá bien”, le decían los celadores mientras lo llevaban al quirófano. Sus palabras eran un bálsamo, aunque el temor se aferraba a su pecho como una sombra. Y entonces, la larga espera. Once horas de incertidumbre, de suspiros contenidos en la sala de espera. Cuando los cirujanos aparecieron, el agotamiento marcaba sus rostros, pero sus palabras fueron un alivio: “Hemos logrado nuestro objetivo. Ha sido difícil, pero lo hemos limpiado”. Hablaron de complicaciones, de riesgos, pero también de esperanza.

Los días siguientes fueron una prueba de resistencia. Cada amanecer traía un pequeño avance: menos sondas, más movimiento, un gesto de complicidad con la enfermera que le ajustaba la almohada, una broma con el celador que lo ayudaba a sentarse. En su habitación, siempre bañada por la luz del sol, médicos y endocrinos pasaban cada día, atentos a su evolución. La rutina del hospital giraba en torno a él y a tantos otros que, como él, peleaban por un mañana.

El hospital era un microcosmos donde cada profesional tenía una historia. María, la enfermera de la noche, le contaba cómo había decidido dedicarse a la sanidad tras la enfermedad de su madre. Antonio, el celador que le ayudaba a levantarse, llevaba décadas en el hospital y conocía cada rincón como la palma de su mano. Los médicos, a pesar del agotamiento, no dejaban de revisar su evolución con esmero. Rosa, la limpiadora a la que Lucho esperaba todos los días para que le diera los buenos días con su buen humor y alegría. Detrás de cada uniforme había una persona con vocación, con una vida fuera de esas paredes, pero que, dentro de ellas, entregaba su tiempo y energía sin reservas.

Cada miembro del personal jugaba un papel crucial en su recuperación. La auxiliar que le acomodaba las sábanas con mimo, desde el control de planta se revisaban todos los cuidados que Lucho necesitaba diariamente y se solicitaba a todos aquellos profesionales que, aunque no se les viera (desde el almacén,

farmacia, cocinas.... aseguraban su atención. En los pasillos se respiraba la vida de un hospital que no solo curaba cuerpos, sino que también sanaba almas.

Lucho se convirtió en un paciente querido. Agradecía cada gesto, cada palabra de ánimo. “Quiero ver a mis niños”, decía los últimos días con una sonrisa cansada. Y poco a poco, esa meta parecía más cercana. El día que logró caminar hasta la ventana por primera vez sin ayuda, sintió que había ganado una pequeña batalla. Desde allí, observó el mundo exterior con una nueva perspectiva, valorando cada detalle con gratitud.

En las noches de insomnio, el sonido del hospital nunca cesaba. Pasos apresurados en los pasillos, el murmullo de las enfermeras en el control, el eco de las ruedas de un carro de medicación. Mientras el hospital dormía, sus guardianes seguían cuidando de los pacientes, velando por ellos con una dedicación inquebrantable.

Llegó el momento de decidir: ¿seguir en Fuenlabrada o volver a Alicante? Lucho miró a Charo y supo la respuesta. Aquí no solo le habían operado, le habían cuidado con una humanidad que nunca olvidaría. “Nos quedamos”, dijo, con la certeza de que el camino sería largo, pero la esperanza seguía viva.

Su historia no terminó en ese hospital. Cada visita de control, cada análisis, cada conversación con los médicos era un paso más en su lucha. Pero lo más importante que se llevó de Fuenlabrada no fue solo la cirugía, sino la calidez de aquellos que hicieron que su batalla no fuera solitaria. Y con esa certeza, con esa gratitud en el corazón, Lucho siguió adelante, un día más, un paso más, aferrado a la vida.